

haber dejado escapar una sola palabra injuriosa, ni de haber contrariado á nadie. Y no le bastaba el no quejarse de las molestias que se le ocasionaban, sino que excusaba á sus hermanos atribuyendo á sencillez á imprudencia lo que cualquiera otra persona ménos acostumbrada á la paciencia, no hubiera excusado de malicia.

Con este motivo, y cuando gobernaba á sus religiosos en cualidad de abad, les daba estas excelentes lecciones : « Aprended, hermanos míos, á soportaros unos á otros, y á trataros con respeto. Si alguno os dijese ó hiciese alguna cosa que os molestase, no os enojeis contra él, no sea que en el tiempo del combate, que es el de la victoria, se encuentre vuestro corazón abatido, sin vigor, sin fuerza é impotente para resistir los embates de vuestros enemigos. Esforzaos, por el contrario, en daros unos á otros ánimo y fortaleza, para que vuestra caridad supere todas las molestias que mutuamente os proporcioneis ».

Refiriendo todas las cosas á Dios, encontraba en lo más íntimo de su alma una fuerza superior que le daba paz y tranquilidad en medio de las adversidades. En una de estas ocasiones experimentó de una manera milagrosa, cuán cerca se halla el Señor de aquellos que le invocan con fé. Hé aquí como él mismo lo refiere.

« Cuando todavía me hallaba en el monasterio (de san Sérido), tuve una aflixión muy grande, y me hallaba en un abatimiento tan profundo, que poco faltó para que me produjese la muerte. Era una tentación que me suscitó la envidia y la malignidad del demonio. Fué muy cruel y de poca duración, pero llena de tinieblas y de espantoso temor. A cualquiera parte que me volvía, no encontraba más que aflixiones y amarguras. Pero Dios no tardó en acudir con su gracia en auxilio de un alma que no encontraba consuelo alguno ».

« Otro día, hallándome abatido en la presencia de Dios,

« y pidiéndole que me asistiese en el exceso de mi tristeza, « ví de pronto un grave personaje que tenía apariencias de « obispo, y que teniendo en sus manos un vaso sagrado, « penetraba en el santuario. Yo no tenía costumbre de « recibir á los huéspedes que venían al monasterio, y sólo- « mente lo hacía en caso de necesidad ó por mandato ex- « preso : pero atraído por no sé que, le seguí. Se des- « tuvo algunos momentos, elevando sus ojos al cielo, « y yo también lo hice encomendándome á Dios, pues « esta visión extraordinaria me había llenado de mie- « do ».

« Cuando concluyó su oración, se volvió hacia mí, y á « medida que se aproximaba, disminuía mi temor. Extendió « su mano tocándome en el pecho con sus dedos, y me « dijo estas palabras : He esperado con paciencia en el « Señor : ha dirigido sobre mí sus miradas, ha escuchado « mi oración, me ha sacado del abismo de tristeza en que « yo había caído, ha afirmado mis pies sobre la piedra, y « ha puesto en mi boca un cántico de alabanza á nuestro « Señor. Repetió tres veces estos versos, tocándome en el « pecho, como he dicho, y se retiró. En aquel momento mi « corazón fué lleno de luz, de consuelo y de dulzura, y me « encontré enteramente transformado. Corrí en pos de él ; « pero inútilmente porque desapareció. Desde este tiempo « me hallo, por la misericordia de Dios, libre de toda « agitación, de toda tristeza y de todo temor, y Dios me « ha protegido por la intercesión de nuestros ancianos y de « nuestros Padres. »

Es de suponer que san Doroteo tuvo esta visión ántes de que san Sérido le encomendase cargo alguno, puesto que dice expresamente que no recibía á los huéspedes sino en caso de necesidad ó por orden del superior, y esta gracia nos dá á conocer cuán amado era de Dios, y nos causa grande pena el que no se hubiese escrito su vida, en la que

hubiéramos aprendido muchas cosas muy convenientes para nuestra edificación.

Pero por lo poco que hemos referido se comprende que este Santo sobresalió en todas las virtudes, y que habiendo renunciado al mundo con generosidad, y entrado en la religión por vocación divina, puso, como fundamento sólido de su perfección, una entera renuncia de sí mismo, que le llevó á la práctica de una obediencia continua y ciega, y de una paciencia á toda prueba. Sobre este fundamento levantó el edificio de una santidad tan consumada, que le ha hecho digno de los elogios de todos los grandes hombres que vivieron en aquella época, y que conocieron las obras de virtud en que se ejercitó.

El bienaventurado Juan, su padre espiritual, murió, y san Barsanuvo que, aún cuando más anciano, le sobrevivió, hubo de encerrarse en una celda para guardar riguroso silencio. Con este motivo se retiró san Doroteo á una soledad no muy lejana, entre Gaza y Majuma, en la cual edificó un nuevo monasterio. No sabemos ninguna de las circunstancias que le impulsaron á verificar este cambio: pero es de creer que, deseando vivir en el más absoluto recogimiento, á imitación de san Barsanuvo, escogió aquel lugar, á donde su reputación atrajo á muchas personas que querían vivir bajo su dirección. No pudiendo su caridad rehusarles los cuidados que demandaban, se vió obligado á admitirlas en su compañía.

Dedúcese de las instrucciones que daba á sus religiosos, que observaban una disciplina muy estrecha, y que su monasterio fué uno de los que alcanzaron más reputación en la Palestina. Tal vez se refieran á esta época la mayor parte de las exhortaciones que daba á personas seculares, que, atraídas por el encanto de sus talentos y por el resplandor de sus virtudes, venían á consultarle y á recibir de su boca la palabra de vida. Fíjase su muerte

hacia el año de 560, si bién nada puede asegurarse.

Un autor, que se cree haber sido discípulo de nuestro Santo, como hemos dicho en una nota, accediendo á los ruegos de un religioso, le envió un resumen de sus instrucciones, haciendo con este motivo su elogio, que se ha puesto á la cabeza de sus obras en la *Biblioteca de los Padres*. Hé aquí como se expresa.

« Es alabar la virtud, es alabar á Dios, es trabajar por
« adquirir la verdadera vida, que es la eternidad, el querer
« conocer la vida de nuestro bienaventurado y dignísimo
« padre Doroteo, que, según la interpretación de su nom-
« bre, nos ha sido dado por Dios como un don precioso;
« pues, según el pensamiento de san Gregorio, la alabanza
« que se hace sirve de estímulo para imitar á los que son
« alabados, y esta emulación nos anima á la virtud y á la
« verdadera felicidad. »

« Buscó la verdad: fué dulce y humilde de corazón:
« imitó á san Pedro renunciando á todo lo que poseía, y
« desprendió tan perfectamente su corazón de todo afecto
« á las cosas visibles, que pudo decir con la misma confi-
« anza que el Príncipe de los Apóstoles: *Hé aquí, Señor,*
« *que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido*¹.
« Así es que, habiendo llegado en poco tiempo, con los
« auxilios del Señor, á una elevada perfección, cumplió el
« curso de su santa vida, no ocultándose en el fondo de
« una soledad, ni sobre la cúspide de las montañas, ni
« viviendo entre las bestias silvestres, sino conservando su
« corazón en una paz profunda, deseando elevarse á los
« montes eternos, y hollando con sus pies las serpientes y
« escorpiones invisibles que matan las almas.

« Sí, llegó felizmente, con los auxilios del Señor, á los
« montes celestiales, y para conseguirlo, declaró la guerra

¹ Mat. XIX.

« á su propia voluntad, entrando por medio de esta perfectísima renuncia en los caminos de los santos Padres. « Abrazó el yugo de Jesucristo que es dulce, y su carga « que es ligera, y su humildad le llevó con seguro paso « por el camino que conduce al cielo, observando fielmente « esta hermosa máxima : *Sé dulce y misericordioso, y escucha con docilidad las palabras de los santos Padres para ponerlas en práctica.* »

« Este santo hombre, adornado de todas las virtudes, « tenía constantemente en su boca esta sentencia que había « aprendido de los antiguos : *El que trabaja denodadamente por someter su propia voluntad, llegará á conseguir la paz del corazón.* Hablaba así por propia experiencia, « pues despues de examinar con el mayor cuidado la causa « de las agitaciones que turban esta paz, encontró que no « era otra que el amor de sí mismo y el placer de hacer su « propia voluntad. Para contrarrestarla, empléó el Santo « la más absoluta renuncia de sí mismo : pues este remedio « eficazísimo hace secar en el corazón esta planta nociva, « y arranca hasta sus más pequeñas raíces. »

« De esta manera arrojó la incorruptible semilla de la « virtud, que produjo abundantes frutos de vida eterna. « Buscando el tesoro oculto en el campo evangélico, tuvo « la felicidad de encontrarlo, de poseerlo y adquirirlo en « las riquezas celestiales, que se hallan muy por encima « de las que puede afrecernos el mundo. »

« Quiera Dios que, para edificación de los fieles y para « que yo pueda presentarles un modelo de perfecta santidad, consiga hacerles conocer la vida de este santo « hombre, y manifestarles como recorrió el camino estrecho, « pero ancho al mismo tiempo por las ventajas que en él « se encuentran, de una penitencia laboriosa que ha sido « objeto de la admiración de todo el mundo : cual ha sido « la pureza de sus costumbres, la rectitud de sus intencio-

« nes, y la vigilancia con que evitaba toda indiscreción y « todo peligro de ilusión y de error : pues así, y sólomente « así, nos enseña el gran amigo de Dios, san Basilio, que « debemos conducirnos. De esta manera marchó por el « camino seguro, combatiendo sus pasiones, descansando « con entera confianza en los que estaban encargados de su « dirección, y ejercitándose en esa humildad profunda, « que, según la máxima de san Antonio, nos pone á cubierto de todos los artificios y ataques del demonio. »

Despues de hacer notar este autor que el Santo, durante el tiempo que estuvo en el siglo, se aplicó al estudio de los filósofos, como ya hemos dicho al principio de su vida, prosigne su elogio en los siguientes términos :

« Tengo una especial satisfacción en exponer los sentimientos de su corazón, cuando abrazó la vida monástica, « y los bienes espirituales que encontró en este dichoso « género de vida. Me complazco en recordar cuán perfecta « era su obediencia á sus superiores, cuán absoluta su « renuncia, cuán grandes la pureza de su conciencia, su « celo, su exactitud y su amor al bien, y cuán asidua la « atención con que siempre seguía las luces purísimas de « la verdad.

« Por eso fué tan firme é inquebrantable en la fé, y de « este principio, cual de fuente purísima, brotaba su caridad y toda la perfección de su vida. Era afable para todos sus hermanos, dulce, complaciente y lleno de bondad « y de ternura para con todos aquellos que de él dependían. No sabía lo que era formar sospechas ; no era « descuidado, ni perezoso, ni apegado á su propio juicio : « á nadie juzgaba, y amaba sobre todo la concordia y « unión fraterna. »

« Era incansable en el trabajo, diligente, prudente y « atento á lo que hacía. Estaba dotado de una dulzura y de « una rectitud sin igual, pudiendo, por lo tanto, ser pro-

« puesto como perfectísimo modelo de todas las virtudes.
 « Era exacto y solícito en todo lo que hacía ; no se le podía mirar sin respeto ; quería en todo el orden y la disciplina : nunca obraba sin reflexión, y á todos excedía en discreción, en vivacidad y penetración de espíritu.
 « Era humilde en todas las cosas, agradable, constante en el bién, sobrio, vigilante en todos sus deberes y ocupado siempre en buenos pensamientos. »

« Pero el pretender la enumeración detallada de tantas y tan extraordinarias cualidades es más difícil que contar las gotas de la lluvia ó del agua del mar. De sus obras pueden colegirse las eminentes virtudes de este santo hombre, y aprender los caminos por que le condujo al convencimiento de estas divinas verdades Aquel que con su Providencia gobierna todas las cosas. Ellas dicen claramenté cuanta fué la santidad de su vida, y cuanto atractivo le concedió el Señor para ganar las almas y conducir las al camino de la salvación. »

« Tenia entrañas de verdadero padre para todos aquellos que estaban bajo su dirección, y era verdaderamente digno de servir de guía y de luz á los demás. No habia cosa alguna que no penetrase su espíritu, y era aún mucho más digno de estimación por los auxilios que á todo el mundo prestaba.

« Habiase elevado á altísima contemplación, era muy enriquecido por los dones divinos, y muy pobre de bienes terrenos. Era muy agradable en el modo de escribir, y mucho más aún en su conversación. No habia enfermedad espiritual á que no aplicase oportunos remedios. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los hombres y las mujeres, los ancianos y los jóvenes, los que padecian tristeza y los que gozaban de alegría, los extraños y los compatriotas, los servidores, los súbditos, los esclavos, todos los hombres, en una palabra,

« encontraban en él un manantial de consuelos y auxilios para curar las llagas del alma. A ello consagraba todas las luces que había recibido de Dios, como otros tantos talentos que constantemente empleaba este siervo fiel.
 « Digámoslo de una vez, todo lo hacía para ganar almas á Jesucristo. »

Aún cuando este elogio no fuese, como se supone y hemos dicho, de un discípulo del Santo, nos haria conjeturar que ha habido un relato, por lo ménos, de las virtudes de san Doroteo, y del cual ha formado este autor lo que dice. Al hablar de una manera tan vaga, dá á entender que ha leído las pruebas de sus aserciones en alguna historia detallada de las acciones de su vida. Se observa además que lo que dice está perfectamente de acuerdo con lo que se lee en sus obras, y sin embargo, no puede decirse que de estas haya tomado toda la materia de los justos elogios que le tributa. Todo lo cual hace suponer que este autor hubo de hablar con algún testigo ocular. Muy de lamentar es que se hayan perdido los escritos que se refieren á la vida de muchos Padres del desierto ; pero debemos adorar los desígnios de la divina Providencia, y confiar que en el dia del juicio se manifestarán en todo su esplendor las virtudes que hoy se hallan ocultas, y que llenan de gloria en la bienaventuranza á los que las practicaron.

No debemos ignorar, por último, que hubo dos Barsanufos y dos Doroteos muy diferentes ; pues los dos de que hemos hablado fueron lumbreras de la Iglesia ; mientras que los otros dos que vivieron en la misma época, eran sectarios del impío Severo.